UNA "COLECCIÓN" PARA UN MODO DE VIDA: LA CASA-MUSEO DE DON SEGUNDO SIERRA PAMBLEY EN LEÓN

Joaquín García Nistal
Universidad de León

La figura de Don Segundo Sierra Pambley (1807-†1873) personifica a la perfección la del burgués español del siglo XIX formado en la enseñanza superior, con éxito en los negocios y una vida dedicada al desempeño de la actividad política, lo que le granjeó una enorme proyección pública e influyentes relaciones sociales ***(fig. 1)***.

Hijo de don Felipe Sierra Pambley y doña Joaquina Álvarez Blasón Canga, contaba con un origen hidalgo y unas vinculaciones familiares con personalidades de la política nacional que más tarde fomentarían su ascenso en este terreno (VV. AA., 2006: 29-34). Estas mismas circunstancias le permitieron acceder al nivel de estudios superiores, obteniendo el título de Bachiller en Leyes por la universidad de Valladolid en 1828, y recibiendo la distinción de abogado de los Reales Consejos en 1832.

De esta forma, en esta década de los convulsos años treinta, cuando se iniciaba en España el proceso de ruptura liberal y se reformulaban los principios doceañistas para dar lugar un nuevo liberalismo (Romero, 1998: 37-63), comenzaba su carrera profesional y política, y se hacía cargo de las propiedades familiares (1831), hasta entonces administradas por su cuñado Marcos Fernández Blanco (Aguado, 2002: 88-105; Aguado, 2008: 211).

En 1834 la reina Isabel II le confiere la segunda Compañía de la Milicia Urbana de Laciana (AFSP., f. f., sig. prov. C. 23, 5), y un año más tarde era elegido por primera vez diputado provincial por Murias de Paredes (AFSP., f. f., sig. prov. C. 23, 5), ocupando desde entonces un escaño de forma casi ininterrumpida hasta 1861, cuando fue nombrado Senador (AFSP., f. f., sig. prov. C. 23, 6). Don Segundo daba así continuidad a la intensa vida política de su padre, quien había ostentado, entre otras, la Intendencia provincial (1812) y la Cartera de Hacienda (1822) (Carantoña, 2008: 21-56; Aguado, 2003: 33-53).

Haciendo uso de esta preeminente posición que ocupaba en la esfera política nacional también se integró en los círculos económicos que lideraban los negocios de la época isabelina, de ahí que en 1846 participara como accionista en la "Compañía del

Ferrocarril Minero de Langreo" (AFSP., f. f., 52, 7) y en la "Sociedad Mercantil La Confianza" (AFSP., f. f., 52, 6, doc. 3), y en 1850 en la "Sociedad Aurífera Leonesa-Maragata" (AFSP., f. f., 45, 14).

Hacia mediados del siglo XIX, don Segundo Sierra Pambley era un hombre liberal pero conservador en la práctica política (Aguado, 2008: 201-234), interesado por el conocimiento de la filosofía y la educación, que encarnaba la élite política e intelectual de la época isabelina y que poseía un estatus que le reservaba una función rectora y orientadora de la sociedad leonesa (vid. Cubillo, 2002: 76).

Pero estas condiciones también demandaban un espacio físico acorde con las necesidades de un hombre que se había convertido en un referente en diferentes parcelas de la sociedad del momento, por lo que, en 1848, en la cúspide de su carrera profesional y personal, decidirá emprender la construcción de una residencia en León que pretendía convertirse en símbolo de su elevada posición.

El lugar elegido no fue fortuito, lo ocupaba una antigua casa del Cabildo catedralicio que don Segundo había adquirido en 1843 en una subasta de bienes desamortizados (Campos y Pereiras, 2005: 421), y que estaba emplazada en la plaza de Regla, el marco más representativo de la vida urbana leonesa (Campos y Pereiras, 2005: 483-507; Cremer, 1980: 222).

A diferencia de otros nuevos propietarios que mantuvieron la morfología de las antiguas casas del Cabildo, iniciaría en 1848 toda una serie de reformas para configurar un espacio diferente que implicaría, incluso, algunos cambios urbanísticos en este entorno (Campos y Pereiras, 2005: 461 y ss.). Bajo la dirección del maestro de obras Juan Sánchez (AFSP., f. f., 29, 1) se abrieron en la fachada orientada frente a la catedral amplios balcones y ventanas que, junto a las obras de la puerta de acceso a la vivienda, dotaban al inmueble de un nuevo aspecto, ahora regularizado y bajo unas pautas de ordenación racional (VV. AA., 2006: 47).

Pero este estudiado proyecto afectaría especialmente al interior del inmueble. En este sentido, las vicisitudes históricas han permitido que la casa haya permanecido hasta la actualidad sin notables modificaciones, hecho que se viene atribuyendo a las malogradas pretensiones matrimoniales de don Segundo con su sobrina Victorina (Aguado, 2008: 218), y a la celosa administración de su heredero y sobrino don Francisco Fernández-Blanco y Sierra-Pambley.

Esta singular conservación de la vivienda, hoy convertida en Museo Sierra-Pambley, ha posibilitado que siga manteniendo intacto el espíritu proyectado por su

promotor, quien pretendía que fuera imagen de un "honrado patricio" y modelo de la convivencia doméstica de un burgués situado en una ciudad del interior (Aguado, 2008: 218).

En líneas generales, se advierte en el interior la incorporación de una serie de novedades que la convirtieron en una casa adelantada a su tiempo y entorno próximo, de lo que es buena prueba la apertura de grandes vanos de ventilación y zonas de aseo, que demuestran las preocupaciones higienistas de su inquilino (vid. Alcaide, 1999; Vigarello, 1999), y el sistema de comunicación vertical entre plantas, que se alejaba de la escénica escalera de la arquitectura palaciega y de las grandes mansiones (VV. AA., 2006: 49).

Asimismo, esta vivienda también fue estructurada en dos plantas que tenían un diferente cometido funcional, lo que también refleja la doble faceta privada y pública de su promotor. La primera estaba destinada a acoger las estancias públicas, dedicadas a la intensa vida social y política de su propietario, mientras la segunda fue pensada para convertirse en escenario de una vida familiar que nunca llegaría a término.

En ambas plantas, la distribución de las estancias se realizó a través de una sucesión lineal que formaba una perspectiva teatral y un eje de enfilada *a la francesa* (VV. AA., 2006: 83-84), y mediante una rígida separación entre los recintos masculinos y femeninos, una solución victoriana que, junto a la anterior, configuraba una ordenación poco habitual en la España de mediados del siglo XIX y, por otra parte, demuestra que don Segundo Sierra Pambley conocía las pioneras tendencias domésticas europeas.

Esta misma conclusión puede obtenerse de buena parte de las artes decorativas e industriales que contribuyeron a componer el interior de la casa, y que reflejan, como pocas, los gustos, preferencias y necesidades de un activo burgués del siglo XIX.

"Colección" para una vida privada

La citada división funcional de plantas y dependencias también demandó unos objetos de diferente condición que se ajustaran a otras tantas parcelas de la vida de sus inquilinos. No obstante, a pesar de las disimilitudes existentes entre las piezas destinadas a la práctica profesional y al ocio, las que complementaban los escenarios de la vida privada y pública, o entre las pertenecientes a los ámbitos masculinos y femeninos, podemos atestiguar la existencia de una homogeneidad estilística.

La segunda planta se articula en torno al comedor de diario, desde el que se accede al tocador y la alcoba de matrimonio, y de ahí a una enfilada compuesta por el despacho de don Segundo, la sala de música, y un gabinete; seguidamente, dos nuevos dormitorios completan este espacio superior de la casa.

A pesar de la disparidad de estas estancias, el mobiliario de las mismas obedece a una doble línea estilística perfectamente armonizada. De una parte, para las dependencias menos representativas se manifiesta un gusto clasizante, en ocasiones cercano a los preceptos del neoclasicismo arqueológico, aunque simplificado. De otra, y coincidiendo con las estancias situadas en el eje de enfilada –más distintivas o de uso social o profesional–, se revela la temprana adscripción de su promotor a las modas europeas, bien con piezas francesas del Segundo Imperio, bien con producciones españolas que evocan aquellas o las reinterpretan desde la sobriedad. En todo caso, esta segunda directriz conserva el interés por las formas clásicas de la primera, lo que da lugar a la mencionada unidad de estilo dentro del conjunto de esta planta.

La primera tendencia está perfectamente representada por el conjunto de sillería de Vitoria del comedor de diario –cuyo uso se hizo frecuente en las propiedades burguesas desde finales del siglo XVIII–, la silla horadada y bidé del tocador, las camas *a la española* y *psique* de la alcoba de las columnas, el tocador de la alcoba de matrimonio, los diversos *somnos* distribuidos por la planta, las diferentes mesas auxiliares, de noche, y por la del comedor de diario ***(fig. 2)***.

En líneas generales, todos estos objetos de mobiliario se resuelven con gran sobriedad, predominando las superficies lisas, perfiles romos, patas en estípite o pies de sección trapezoidal, que deben entenderse en el contexto del gusto neoclásico extendido a mediados del siglo XIX en el mueble español.

También son palpables algunas transformaciones que afectarían a la morfología tradicional de varias piezas, lo cual deriva de los inicios de la mecanización y la fabricación en serie, así como de las necesidades de la emergente burguesía. Sirva como ejemplo de los primeros la citada sillería de Vitoria, y de las segundas la mesa del comedor de diario, cuya sección circular es fruto de los nuevos modelos originados por este estamento social para atender a sus modos de vida familiar, de manera que se dejaban atrás los rígidos perfiles rectangulares tan extendidos en los comedores hasta el primer cuarto de siglo.

La segunda vía estilística es fruto de varios factores que rodearon la vida de don Segundo Sierra Pambley. Debido a su elevada posición, y como hombre bien

informado, fue perfecto conocedor de las revistas ilustradas, que iban cobrando cada vez una mayor difusión, y de la prensa nacional e internacional, en las que eran abundantes los anuncios con novedosos objetos de uso doméstico procedentes del extranjero. Sus dilatadas estancias en Madrid, donde desempeñaba parte de sus labores políticas y profesionales, también le posibilitaron acceder a las viviendas de otras personalidades de su posición social y conocer todo un mercado que giraba, principalmente, en torno al mueble francés. A ello debemos sumar los viajes que, como otros muchos hombres de la "sociedad" de las grandes ciudades, realizó a las Exposiciones Universales del momento.

Además, estas circunstancias se vieron favorecidas por otras variables coyunturales en el proceso dinamizador de la España del siglo XIX, como la optimización y mejora de las comunicaciones entre Madrid y el interior realizada por Fernando VII, y la ampliación de los servicios de transportes, que a buen seguro facultaron el traslado de objetos a la nueva casa de León.

Este tipo de piezas representan las preferencias por el mueble europeo, generalmente francés, o por la las formas del Segundo Imperio adoptadas al mobiliario español. Aquí se generalizan los chapeados de caoba, los perfiles curvos suaves o las patas torneadas abalaustradas, lo que le confiere un resultado lujoso y cuidado que determinó que su promotor los integrara en las estancias más representativas de esta segunda planta.

La consola de la sala de música o las cómodas *à la Régence* del "cuarto de los niños" y de la "alcoba de las columnas" son ejemplo de la producción nacional que evoca las formas del mueble Luis Felipe, aunque, como en el caso de la primera, con soluciones más austeras, pues el tradicional tablero de mármol es sustituido aquí por otro de madera pintada. Las citadas cómodas también reflejan algunos de los cambios introducidos por la sociedad burguesa, ya que esta tipología de mueble pasará de constituir conjuntos decorativos a utilizarse en los dormitorios. Junto a las anteriores, las sillerías de la sala de música y el gabinete son parte también del interés español por reproducir, a imitación del mobiliario del segundo Imperio, los estilos Luises del rococó francés.

Las características de estos muebles españoles, a los que debemos sumar el excepcional piano de la sala de música fabricado por Vicente Ferrer (vid. Bordas, 1988: 807-854), facilitaron la coexistencia armoniosa con otras adquisiciones extranjeras que fueron emplazadas en estos espacios más distintivos de la planta superior. Dentro de

estas últimas cabe destacar el tocador de la alcoba de matrimonio, similar al conservado en el Museo Louis Philippe del *Château Historique de la famille d`Orleans*, en la villa de Eu (Normandía); y el *coiffeuse* del tocador, dotado de tapa batiente, y cuyo sentido más práctico y utilitario suscitó su amplia demanda desde principios del siglo XIX.

Pero esta funcionalidad que irá alcanzando el mobiliario durante la regencia de Luis Felipe (1830-1848) también implicó una transformación tipológica, como ilustra el *Bureau de pente* del despacho de don Segundo. Este escritorio de los talleres Baltz de París, muy semejante al del Museo Municipal de *l`Évêché* en Limoges (Francia), con tapa batiente, añadido de cuerpos de cajones e inclusión de cajón secreto para la caja de caudales, ya representa la nueva concepción de este tipo de piezas ***(fig. 3)***.

Esta versatilidad que adquiere el moblaje europeo también se manifiesta en la mesa *Sutherland* situada en la sala de música, y, aunque el mobiliario inglés no fue una preferencia dentro de los gustos de este promotor, la reducida sección del tablero central y las dos alas batientes apeadas en patas móviles, hacían de ella un pieza atractiva y práctica que podía retirarse fácilmente, ocupar un pequeño espacio dentro de la casa y ajustarse a distintos usos.

Dentro de esta planta cabe destacar la existencia de algunos objetos industriales que reflejan la consolidación del binomio revolución industrial-burguesía durante el siglo XIX (Seseña, 1982: 585). Las vajillas conservadas en el comedor de diario ilustran un proceso que tiene lugar en toda Europa; por una parte, la loza estampada de la serie londinense *Canton Vase* refleja la exportación masiva de la producción inglesa al resto de países, pues allí se habían dado toda una serie de condiciones para que surgiera la nueva pasta, que estaba dirigida a la burguesía como clase que demandaba objetos lujosos pero que no contaba con los recursos de los estamentos más elevados (vid. Geoffrey, 1952).

De otra parte, las vajillas de la tercera etapa (1845-1862) de la Real Fábrica de Sargadelos (Lugo) son ilustrativas de la principal consecuencia que provocó esa demanda de la loza inglesa: la fundación de fábricas de cerámica al estilo inglés que rivalizaran con la loza inglesa en el mercado español (Carmona, 1993: 11-40). En España fue la monarquía, a falta de iniciativa privada, quien promovió la industria gracias a privilegios y subvenciones, lo cual vino auspiciado por la restricción de entrada de lozas extranjeras por los puertos españoles, el proteccionismo aduanero y por el fomento de la producción nacional.

La adquisición por parte de don Segundo de estas y otras producciones pioneras de la industrialización española forjan aún más esa imagen de hombre ilustrado y conocedor de las novedades de su tiempo. Si Sargadelos es considerada la primera fábrica que introduce la loza fina en España adoptando los métodos de producción mecanizada de las inglesas, también se conservan en el Museo Sierra-Pambley manufacturas de los considerados primeros altos hornos al *cok* de España (Quirós, 1971: 657-672).

Nos referimos a las chimeneas de hierro dulce del "despacho de don Segundo" y del gabinete, firmadas por "La Leonesa Fundición de Hierro", que debieron salir hacia mediados del siglo XIX de los hornos que la Sociedad Palentino-Leonesa tenía en Sabero, en la que supone una de las pocas iniciativas industriales antes de mediados de siglo, pero favorecida por la expansión de la industria minera y la influencia de los procedimientos mecánicos ingleses ***(fig. 4)***.

Estos métodos industriales aplicados a las artes del metal también tienen un excepcional reflejo en el *catre a la inglesa* de la alcoba de matrimonio, armado con piezas prefabricadas y atornilladas entre sí, que permitían su fácil desmonte y que serían muy imitadas en toda Europa después de su presentación en la Exposición Universal de Londres de 1851 (VV. AA., 2006: 61). Asimismo, su sentido práctico es una prueba más del desarrollo que este tipo de objetos estaba alcanzando en toda Europa hacia mediados del siglo XIX.

"Colección" para una vida pública

Si la segunda planta estaba dedicada a la vida privada de sus inquilinos, la primera era espejo de su posición económica y social, por lo que su estructura y distribución fue muy madurada. Desde la escalera se accedía a una gran antesala, distribuidor y zona de paso desde la que se ingresaba a las salas de recibir: una de juego, otra de fumar para caballeros, un gran salón y un cuarto de reunión para las mujeres (VV. AA., 2006: 83).

Como ya adelantábamos, la organización del espacio era poco habitual en España, pues se utilizaron tanto las enfiladas *a la francesa*, como la separación entre ámbitos masculinos y femeninos propia de la Inglaterra victoriana. Pero todas estas innovadoras soluciones necesitaban complementarse con unos objetos acordes con aquellas.

Para favorecer el carácter representativo de estas estancias de la primera planta los muros se revistieron con papeles pintados, dejando atrás la primera propuesta de aplicar una pintura mural que aún se puede observar tras el armario de la sala de juego. Aunque

los papeles utilizados varían en sus pigmentos y motivos estampados, se reconoce en todos ellos un mismo procedimiento técnico y un interés por las exuberantes decoraciones historicistas, que deben entenderse dentro del proceso de recuperación del estilo rococó que tanto éxito tuvo en Francia.

Los papeles *a la planche* habían llegado a la casa de don Segundo en agosto de 1847 pasando por la Aduana de la Administración de León (AFSP., f. f., 64, 7, doc. 41), y sus particularidades técnicas, estilísticas y cronológicas los vinculan a los diseños de Victor Poterlet y las fábricas parisinas de Lapeyre y Jacquemart (vid. Guibert, 1980; Nouvel, 1981; Bruignac, 2007). Los diferentes papeles *tontisses* o aterciopelados, los marmóreos y las cenefas garantizaron efectos arquitecturales, contrastes cromáticos y son otra prueba del abaratamiento de costes que proporcionó la producción industrial a favor de la burguesía.

En torno a esa misma línea historicista se articula el mobiliario de la primera planta, en el que se generaliza el uso de variedades lignarias como la caoba, los perfiles sinuosos y las patas *cabriolé* y de doble voluta. Las sillerías de las diferentes salas, las rinconeras o piezas como el velador de la sala de fumar y el *bonheur-du-jour* de la sala de compañía ejemplifican este interés por la recuperación y reinterpretación del mueble Luis XV.

El mueble isabelino español, a semejanza de las prácticas del II Imperio francés, también participó activamente de estos gustos historicistas, hecho en el que, sin duda, influyó decisivamente la celebración de las Exposiciones Universales. Aunque en ocasiones infravalorado, la sillería del salón y de la sala de compañía –procedentes de los obradores de Pedro Tapia en Madrid–, son una muestra de la excepcional calidad que alcanzó el moblaje de época isabelina en las décadas centrales del siglo XIX ***(fig. 5)***.

De ambos conjuntos, que habían sido trasladados en una galera que Pedro Moar tenía en la "carretera de la Coruña" (AFSP., fondo familiar, 64, 7, docs. 48 y 49), destaca el de la sala de compañía por responder a los modelos de uso femenino denominados "de salón", de destacada función social y dotado de un tamaño más reducido y envolvente que el de resto de estancias (VV. AA., 2006: 107).

En esa misma partida de muebles entregada por Pedro Moar consta un costurero que, con toda probabilidad, se corresponde con el de la sala de compañía. Provisto de rico chapeado, interior compartimentado, y una tapa abatible gracias a la que hacía las

veces de mesa auxiliar para servir el té o café, está inspirado en las *tables à ouvrage en coffret* (VV. AA., 2006: 109-110).

La decoración historicista de esta planta se completa con lámparas, relojes de movimiento *París redondo*, quinqués, fanales, colgaduras y toda una serie de productos que fueron, en gran parte, fruto de las novedades que la industrialización puso al alcance de la clientela burguesa. En este sentido, también los tejidos presentes en cortinas, tapicerías de muebles y moquetas constituyen un excelente episodio dentro de ese proceso, ya que la utilización de telares mecánicos como el *Jacquard* permitió obtener excelentes resultados a bajo coste (VV. AA., 2006: 113).

Por último, el ambiente historicista que prevalece en esta primera planta viene reforzado por algunas pinturas al óleo, como la emplazada actualmente en la sala de compañía. Aunque entre la adquisiciones de don Segundo las Artes plásticas nunca ocuparon un lugar preferencial, destaca este óleo de temática bélica firmado en 1861 por Ricardo Balaca y Canseco (Lisboa, 1844-†1880), un año antes de realizar su famosa *Batalla de Almansa* que luego adquiriese el Gobierno español.

Con todo, la vivienda que proyectara don Segundo Sierra Pambley hacia mediados del siglo XIX, así como el conjunto de artes decorativas e industriales adscritas a la misma, constituyen unos excepcionales testimonios materiales de la particular concepción de la representación social y de la vida cotidiana de un burgués moderado del siglo XIX, y de las necesidades y gustos de un personaje que encarnaba la élite política e intelectual del periodo isabelino.

Figura 1. Fotografía de don Segundo Sierra-Pambley (1807-†1873). Autor: Fundación Sierra-Pambley (León). 2007.

Figura 2. Vista general del "Comedor de diario" y de la sillería de Vitoria. Autor: J. García Nistal (2008).

Figura 3. Despacho de don Segundo con *Bureau de pente* de los talleres parisinos Baltz. Autor: J. García Nistal (2008).

Figura 4. Chimenea de “La Leonesa Fundición de Hierro” en el Gabinete. Autor: J. García Nistal (2008).

Figura 5. Conjunto de sillería del “Salón-Comedor de gala”. Autor: J. García Nistal (2008).

FUENTES DOCUMENTALES

Archivo de la Fundación Sierra Pambley (AFSP.), *fondo familiar* (f. f.).

BIBLIOGRAFÍA

AGUADO CABEZAS, E. (2002), *La desamortización de Mendizábal y Espartero en la provincia de León (1836-1851)*, León.

AGUADO CABEZAS, E. (2003), "Felipe Sierra Pambley. Un hidalgo leonés en la administración de Carlos IV", *Trienio*, 42, pp. 33-53.

AGUADO CABEZAS, E. (2008), "Segundo Sierra-Pambley y Fernando de Castro: dos liberales leoneses en la era isabelina", en *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX. Los Sierra Pambley y su tiempo*, Madrid, pp. 201-234.

ALCAIDE GONZÁLEZ, R. (1999), "La introducción y el desarrollo del Higienismo en España durante el siglo XIX. Precursores, continuadores y marco legal de un proyecto científico y social", *Scripta Nova*, 50.

BORDAS IBÁÑEZ, C. (1988), "Dos constructores de pianos en Madrid: Francisco Flórez y Francisco Fernández", *Revista de musicología*, vol. 11, 3, pp. 807-854.

BRUIGNAC–LA HOUGUE, V. (2007), *Art et artistes du papier peint en France*, Paris.

CAMPOS SÁNCHEZ-BORDONA, M. D. y PEREIRAS FERNÁNDEZ, M. L. (2005), *Iglesia y ciudad, su papel en la configuración urbana de León: Las Plazas de San Isidoro y Regla*, León.

CARANTOÑA ÁLVAREZ, F. (2008) "De la Ilustración al liberalismo moderado. La trayectoria política de Felipe Sierra Pambley", en *Ideas reformistas y reformadores en la España del siglo XIX. Los Sierra Pambley y su tiempo*, Madrid, pp. 21-56.

CARMONA BADÍA, J. (1993) "Sargadelos en la historia de la siderurgia española", *Revista de historia industrial*, 3, pp. 11-40.

CREMER, V. (1980), *León Insólito, Ayer y Hoy*, León.

CUBILLO DE LA PUENTE, R. (2002), *La ciudad de León a mediados del siglo XIX. Creación de la Escuela de Veterinaria. 1852*, Madrid.

GEOFFREY, B. (1952), *19 th. Century English Pottery and Porcelain*, London.

GUIBERT, M. (1980), *Papiers peints 1800-1875*, Paris.

NOUVEL, O. (1981), *Papiers peints français 1800-1850*, Fribourg.

QUIRÓS LINARES, F. (1971), "La Sociedad Palentino-Leonesa de Minas y los primeros altos hornos al cok de España en Sabero (1847-1862)", *Estudios Geográficos*, 125, pp. 657-672.

ROMERO MATEO, M. C. (1998), "Lenguaje y política del nuevo liberalismo: moderados y progresistas, 1834-1845", *Ayer*, 29, pp. 37-63.

SESEÑA DÍEZ, N. (1982), "Cerámica (siglos XIII-XIX)", en BONET CORREA, A. (coord.), *Historia de las Artes Aplicadas e Industriales en España*, Madrid, pp. 583-620.

VIGARELLO, G. (1999), *Le sain et le malsain. Santé et mieux-être depuis le Moyen Age*, Paris.

VV. AA. (2006), *Museo Sierra-Pambley*, GAMONEDA, A. (coord.), León.